

El zorro y las uvas

Lionel Martin

HABIA una vez un Zorroton (paredón para todos los zorrotones gritaron: ¡Patria o Muerte!), y se los sacaron todos.

Grande que deseaba ardentemente una isla llamada Cuba, porque estaba llena de golosinas tales como caramelo, guarapo, flan, cakes y especialmente, la fruta de azúcar, de la que se hacían todos estos ricos dulces.

Hace bastante tiempo, allá por el año 1898, Theodore Roosevelt, el abuelo zorro, se enfureció contra la isla, porque el pueblo le había tirado de su rabo mientras él se llevaba el azúcar. "Estoy tan bravo contra esa infernal República de Cuba —expresó— que me gustaría borrar a su pueblo de la faz de la tierra". Pero, como de llevarle a cabo nadie le productaría el rico azúcar, se reunió con sus príncipes, los zorrotones cubanos, para engañar al pueblo más aún y, para ayudarlos en su cometido, enviaba ocasionalmente algunos zorrotes, como los "marines", para poner coto a esa tanta rebeldía.

Mucho le gustaba el azúcar a los zorros. Aunque los zorros grandes de los Estados Unidos se llevaban casi todo el azúcar, los zorrotones cubanos conseguían también su pequeña participación en el dulce. Sin embargo, el pueblo cubano, que cultivaba el azúcar y trabajaba penosamente bajo el caluroso sol, apenas si tenía como alguna que comer, y muchos de sus nacionales se acostaban hambrientos.

Pero resultó que hubo una revolución contra los zorros. Los zorros grandes norteamericanos se enfurecieron. Gritaron, repañaron y escastraron sus afilados colmillos. Los zorrotones cubanos hicieron todo lo posible para hacer volver las cosas a su estado anterior, pero sin lograrlo, y muchos de ellos tuvieron que ir al Norte, para hacer compañía al grandioso señor. Algunos zorros grandes se hicieron a la mar y trataron de impedir la llegada del preciado petróleo, de toda clase de maquinarias y muchas otras cosas a la isla. Mas, a pesar de todo eso, fracasaron en conseguir el azúcar que había tenido antes, porque los cubanos grita-

Los zorros grandes uniformaron a los zorrotones y les enseñaron a gritar bien alto y mucho mejor todavía, a matar la gente; y los enviaron a la Bahía de Cochinos para tratar de rescatar todo el azúcar. Pero cuando grabaron y enseñaron sus colmillos las

LA VIEJA HABANA POR SOLONI

LA GLORIETA

"En el año 1898, cuando los Estados Unidos se independizaron de España, el zorro..."

ESTO cantado con la música de un two-step titulado "Hawatha" fue muy popular allá por el año 1914. Miramar, era el nombre de un restaurante situado en el punto quizás más estratégico de la Habana —Malecón y Prado, pero también el de más mala sombra para cuando los negocios se establecieron allí al través de medio siglo.

Y frente a Miramar, en la orilla de treinta años la Glorietta, llamada así por antonomasia, situada, entre el principio del Paseo del Prado y el Castillo de la Punta. Allí iban por el día las matejadoras con los pequeños a tomar el fresco, a primera noche, había los juvenes rebota por la Banda Municipal, y cuando los teatros se cerraban, hasta ella iban artistas y faranduleros a su diaria ronda de noctambulismo.

La Glorietta, desaparecida cuando la renovación del Prado alrededor del año 20, había sido construida al principio de la República en forma de rotonda, por el arquitecto francés Charles Brun, que trajo a Cuba Rosalía Abreu para que construyera su residencia de Palatino. Inadvertidamente, Brun fue el primer arquitecto que empleó en Cuba el cemento armado.

Esto hizo que los zorros grandes se pusieran más furiosos. Sin embargo, cuando amenazaron de nuevo a Cuba, no solamente mostraron los cubanos la fuerza que estaban, sino que todos sus amigos, el Oso Grande, el Dragón, los leones montañeses de la América Latina, los gigantes elefantes africanos y otros muchos aun en la misma tierra de los zorros grandes dijeron: "No hagáis eso, porque le aplastaremos".

Esto enloqueció al Zorro Grande.

Y cierto día McGovern, un zorroton arador, escribió en el periódico zorro "New York Times":

"Por qué la obsesión con Cuba. Una de las razones es que somos gente impaciente (gente zorra), que reacciona duramente contra cualquier que nos enfurece. Es molesto en especial que somos envilecidos e insultados por una impetuosa costia que es una pequeña isla, la que podríamos destruir en cualquier momento que se nos antojara... Pero, por otra parte, añadidos —"estamos demasiado obsesionados con esa isla. Se domina mejor a un tigre ferido deplorado solo, más bien que reaccionando violentamente contra él".

Y, además, continúo: De cualquier manera, ¿quién quiere el azúcar cubano? ¡Kala verde!